

El coleccionista de sonidos

Cada tarde, en el banco de madera frente al estanque, se sentaba don Elías con su grabadora antigua. Tenía más de ochenta años, el cuerpo arqueado y las manos temblorosas de quien ya ha vivido demasiado. Pero su oído... su oído era un milagro. Escuchaba como si el mundo hablara sólo para él. Decía que los sonidos eran su legado, lo único que realmente importaba guardar.

—Las fotografías envejecen, los recuerdos se borran —le explicó una vez a Clara, la niña que venía cada miércoles a merendar con él—. Pero un sonido... un sonido bien capturado nunca miente. Te devuelve al momento exacto.

Clara, que tenía nueve años y una curiosidad que no cabía en su mochila de unicornios, lo miraba fascinada. Le preguntaba de todo: por qué grababa el crujir de las hojas, por qué el canto de los mirlos, por qué el murmullo del estanque cuando caía la tarde.

—Porque un día no estarán —respondía Elías—. Y entonces esto será todo lo que nos quede de ellos.

Grababa risas de niños, pasos apresurados, el silbido del panadero que pasaba en bicicleta. Incluso el sonido del silencio cuando nevaba, según él, era una joya que pocos sabían atrapar.

Clara adoraba esos encuentros. Le parecía que don Elías vivía dentro de una historia, como un personaje de cuento al que nadie más podía ver de verdad. Pero el pueblo entero lo conocía: lo saludaban con ternura, algunos con pena, otros con respeto. Porque todos sabían que su esposa había muerto hacía muchos años, y que su único hijo se había marchado lejos, sin enviar una sola carta en más de una década.

Un día, Clara le llevó un dibujo: un anciano con orejas gigantes y una grabadora mágica. Elías soltó una carcajada que pareció mover las ramas de los chopos.

—Me has retratado tal cual soy —dijo, y se guardó el dibujo en el bolsillo interior de su chaqueta.

Esa misma tarde, le enseñó su tesoro máspreciado: una caja de madera con cintas etiquetadas a mano. “Lluvia en el tejado de Marta”, “Noche de San Juan, 1994”, “Primer llanto de Tomás”.

—¿Quién es Tomás? —preguntó Clara.

Él dudó un segundo, como si algo se le hubiera atascado en el pecho.

—Alguien que quise mucho.

Pasaron los meses, y Clara siguió yendo cada miércoles. A veces grababan juntas. Otras, simplemente escuchaban. Don Elías le enseñó a cerrar los ojos y distinguir entre un petirrojo y una tórtola. Le enseñó que los sonidos tienen capas, historias dentro de historias.

Una tarde de otoño, el banco estaba vacío. Clara esperó una hora. Luego otra. Fue a buscarlo. Lo encontró dormido en su sillón, la caja de cintas sobre el regazo y una nota en la mesa:

Para Clara, la que sabrá escuchar cuando yo ya no pueda.

Don Elías había muerto en paz, con una sonrisa apenas dibujada.

El pueblo entero asistió al funeral. Clara lloró sin ruido. No quería que ese momento también quedara atrapado en una grabación. Al día siguiente, fue al banco del estanque, encendió la vieja grabadora y simplemente escuchó.

Durante años, Clara conservó aquella caja como un relicario. Ya adolescente, la escondía de las visitas. No hablaba de don Elías, como si guardarlo en secreto lo hiciera más eterno.

Cuando cumplió treinta, Clara tuvo una hija. La llamó Elia.

Elia creció rodeada de auriculares, micrófonos y sonidos que venían de otros tiempos. Un día, ya con seis años, le preguntó:

—¿Quién es Tomás?

Clara se quedó helada. La niña había encontrado la cinta.

—No lo sé del todo —respondió—. Pero creo que es alguien que necesita ser escuchado.

Ese mismo año, Clara digitalizó todas las grabaciones y empezó a subirlas a una web que llamó *Sonidos para recordar*. Miles de personas empezaron a escuchar. A llorar. A escribirle. Algunos decían haber reconocido el canto de su madre, el timbre de un tren que ya no pasaba, el eco de su infancia.

Una mañana, Clara recibió un correo.

Hola. Mi nombre es Tomás Elías Fernández. No sé cómo he llegado hasta su página, pero acabo de escuchar una grabación que me ha hecho caer de rodillas. Es la voz de mi madre. Ella cantaba esa canción cuando yo era pequeño. No la escuchaba desde que tenía seis años. ¿Usted... quién es? ¿Dónde grabó esto?

El corazón de Clara dio un vuelco. Contestó con manos temblorosas, con frases torpes y mucha emoción. Quedaron en verse una semana después, en el banco frente al estanque.

Tomás llegó. Era un hombre en la cincuentena, con el aire ausente de quien ha cargado demasiadas ausencias.

—Este era su sitio, ¿verdad? —preguntó.

Clara asintió. Sacó la grabadora.

—Hay algo que quiero que escuches —dijo, y pulsó el botón.

Una voz anciana llenó el aire:

Hola, hijo. Sé que quizá no escuches esto nunca. Pero yo sigo grabando. No para mí. Para ti. Para cuando decidas volver. No te guardo rencor. Te echo de menos cada día. Aquí suenan aún tus pasos cuando eras niño. Aquí, todo te espera.

Tomás se tapó la cara con las manos. Lloró como si el tiempo retrocediera. Lloró como si acabara de reencontrar una parte de sí que creía perdida para siempre.

Cuando levantó la vista, Clara ya no tenía dudas.

—Ahora ya sé quién eres —le dijo.

Tomás la miró, confuso.

—Eres el sonido más importante que él guardó.

El estanque guardó silencio. Luego, como si entendiera, una brisa suave agitó los árboles, y los pájaros empezaron a cantar. Y alguien, desde algún lugar imposible, parecía estar sonriendo.